

Los holandeses debian los mayores favores á la Francia, sin cuyo auxilio hubieran quedado infaliblemente oprimidos con el peso enorme del poder austriaco. Conociéronlo así y escribieron al Rey Enrique IV despues de haberse firmado la tregua, que habian recibido de mano de aquel Príncipe la conservacion de su estado, y que tenia todos los títulos imaginables para contar con su agradecimiento y con los humildes servicios de su mas remota posteridad. Mas así como el agradecimiento es pocas veces sincero entre los Soberanos, así tampoco es casi siempre desinteresada su beneficencia. Enrique IV no consiguió de los holandeses, á favor de sus vasallos católicos, el libre egercicio de la religion antigua. Diéronle solo palabra, aunque sin hacer mencion de ella en el tratado, de que no se los persiguiria ni inquietaria, con tal que el culto se redujese precisamente á sus casas y á solos sus familiares.

Algunos ministros interesados en la conservacion de aquellas gentes se opusieron á la voluntad del Rey; pero por fin prevaleció el voto general, que fue el de su espulsion, saliendo de España sobre unos nuevecientos mil moros, quedando muy satisfecho el ánimo del Rey con el convencimiento de haber asegurado la tranquilidad de sus pueblos; mas luego se notó la falta de tantos brazos dedicados á la agricultura, y entonces el Rey espidió el célebre decreto con el cual declaraba nobles y eximia de la guerra á todos los súbditos que se dedicasen al cultivo de las tierras. Esta medida, digna de un Rey sábio y justo, hubiera producido muchos y saludables efectos, si la mala administracion del duque de Lerma no hubiese agotado el erario, y si en vez de invertir el dinero en gastos inútiles hubiese dado mayor impulso á todos los ramos que podian enriquecer la nacion. Vid. de Fel. III.

18. Dilatáronse las turbulencias del imperio por la indolencia de su gefe, y por la mala conducta de sus tropas desde Cleves á Passau, y sucesivamente hasta Praga, que fue el foco desde donde se comunicó el incendio á toda Alemania. Rodulfo, que por un momento sacudió su desidia movido de la avaricia, habia puesto en pie un egército para apoderarse de la sucesion del duque de Cleves, cuyo secuestro tenia ya ordenado, con el ánimo, segun se decia, de apropiársele insensiblemente por este medio indirecto. Esperimentó la mas terrible resistencia por parte de casi todos los Príncipes nacionales y estrangeros. El archiduque Leopoldo, que mandaba el egército austriaco destinado á apoderarse del secuestro, se vió en la precision de abandonar la empresa; y desde Passau, donde se habia reunido, se retiró á Bohemia, saqueando las ciudades, asolando los campos, y supliendo con todo género de latrocinios la paga que no recibia. Tolerábalo todo el archiduque, á lo menos en Bohemia, donde, segun se cree, ya que Rodulfo no tenia habilidad para grangearse la obediencia, queria por lo menos vengarse. Esta conducta, mas semejante á una tiranía que á un castigo, sirvió solo para enfurecer mas á sus pueblos, y para que se mirase con mas desprecio su persona. Convirtieron los hereges su furor contra las iglesias y contra los conventos, mataron sin piedad á los religiosos, robaron los vasos sagrados, hollaron y arrastraron por el lodo las reliquias y las santas imágenes. Y si el archiduque Matías no hubiera acudido

con un ejército nuevo, es muy probable que habrían llamado á un Príncipe protestante para ceñirle la corona de Bohemia.

19. Matías apaciguó los alborotos, obligó á su hermano, el Emperador, á licenciar las tropas de Leopoldo, y no contento con la corona de Hungría, que se le habia cedido por fuerza, hizo que se le diese tambien la de Bohemia. Esto retardó la revolucion, pero no la sofocó como pensaba. Despues de haber complacido á los sectarios para llegar á ser su Soberano, quiso manifestarles que lo era en efecto, especialmente despues que, con motivo de la muerte de Rodulfo ocurrida en este intermedio, se vió elevado al trono imperial. Sucediendo la severidad en el nuevo Emperador á una excesiva indulgencia, y el poco vigor para defender sus estados á la actividad con que los habia adquirido, se amotinaron los pueblos, se declararon á su favor los grandes, imploraron todos el auxilio de los Príncipes protestantes, apoderáronse de las principales iglesias, aprisionaron á muchos católicos, confiscaron los bienes de un sinnúmero, y escluyéronlos, sin escepcion alguna, de los empleos públicos. Principió entonces la guerra sangrienta que estendió por toda Europa la desolacion de Alemania.

20. No habia tardado tanto tiempo la Francia en tomar parte en las inquietudes y sobresaltos del cuerpo germánico. Despues de la larga série de desgracias que al parecer no se habian de terminar, consiguió Enrique IV el olvido de ellas, con la prudencia y

moderacion de su paternal gobierno. Habiendo renacido la tranquilidad en lo interior del reino, quiso darle tambien para con las potencias estrangeras el grado de esplendor de que le habian privado las pasadas revueltas. Cuando supo los designios de Rodulfo, en orden á los estados de Cleves y Juliers, tomó eficaces providencias para oponerse á este nuevo engrandecimiento de la casa de Austria, que era ya demasiado formidable á sus vecinos: y no pareciéndole bastante el alentar por medio de sus embajadores á los Príncipes y á las ciudades republicanas de Alemania á que defendiesen sus derechos y libertades, ofrecióles un socorro de diez mil hombres, y dispúsose á ir él mismo en persona con fuerzas mucho mas considerables.

El estado del reino era un prodigio incomprendible, porque solo el genio del grande Enrique podia haberle sacado de la clase de las cosas imposibles. Habia en él cuarenta mil soldados franceses y seis mil suizos, todos ellos bien mantenidos y pagados, sin contar cuatro mil nobles que estaban prontos á marchar á la primera orden. Sully, general de la artillería, habia aprontado cincuenta piezas de esta arma de grueso calibre, con otras varias; y Sully, ministro de hacienda, afirmaba que no faltaria este nervio de la guerra. Los que conocian la grande alma de Enrique IV le supusieron unos designios mas sublimes que el de componer la pequeña contienda de Cleves y Juliers. Pretendian que era su ánimo reducir la casa de Austria á un estado que escitase mas

bien la compasion que el terror, ó á lo menos limitarla á su reino de España, y á las provincias hereditarias de Alemania; formar despues un equilibrio fijo entre todos los estados de Europa, señalando á cada uno límites inmutables, y de este modo establecer con sólidos cimientos la tranquilidad universal del mundo cristiano. ¿Y qué no podia prometerse un Rey de Francia, conquistador de su reino, adorado de sus vasallos, que era su general y su ministro, y que á la circunstancia de ser el mayor capitán de su siglo añadía un valor de granadero, y á la política mas sagáz una probidad y una franqueza que no inspiraba menos respeto á sus enemigos que confianza á sus aliados? Han juzgado, sin embargo, algunos escritores que influyó mucho en esta empresa la inclinacion que tenia á las mugeres. No negaremos que esta pasion tuvo demasiado imperio en aquel gran Rey; pero es necesario confesar tambien, que comparada con el amor de la gloria, ó por mejor decir, con el amor de su pátria, quedó siempre aherrojada.

Estaba el Rey pronto á marchar: se habia puesto el gobierno del reino en manos de la Reina, porque la expedicion debia durar mucho tiempo; y para que fuese mas respetada la gobernadora se la habia coronado solemnemente. Durante la ceremonia, que se egecutó en San Dionisio, hizo el Monarca una reflexion que dió mucho que pensar á lo menos en lo sucesivo. Considerando el numeroso concurso de personas de todas clases y condiciones: „este espectáculo (dijo) me trae á la memoria el juicio universal.

„¿Qué asombro, si de repente se presentase el juez!” No obstante, estuvo muy alegre hasta que al anochecer volvió á entrar en París; pero un momento despues se apoderó de él un mal humor terrible y una melancolía profunda, que suministró abundante materia á los observadores de presentimientos y presagios. Se veía acometido de una tristeza que, á pesar suyo, le obligaba á suspirar y á gemir. El día siguiente se aumentó por instantes este tormento inexplicable. En vano intentaban los cortesanos restituir á aquella alma abatida su energia natural. „Amigos míos (les respondia), moriré un día de estos. Moriré sin duda, y cuando haya dejado de existir, se echará quizá de ver lo que valgo.” En vez de estas ideas lúgubres, le pusieron á la vista la buena salud que gozaba, el estado floreciente de su reino, sus vasallos que le amaban como si fuese su padre, una esposa favorecida de la naturaleza, y unos hijos que daban las mejores esperanzas. „¿Qué mas se necesita para ser feliz (le decian)? ¿Qué otra cosa tiene que desear vuestra Magestad? ¡Ay amigos míos (replicó suspirando) todo eso es menester dejarlo!”

21. Durante la comida de aquel día fatal, que fue el 14 de Mayo de 1610; el Rey, que hasta el último aliento no trató mas que de la felicidad de sus vasallos, habló, á pesar de su melancolía, de proyectos útiles á su reino, y de la satisfaccion que le causaba el considerar que la guerra próxima no seria gravosa á su pueblo, y que á lo sumo consumiría lo que él

tenia ahorrado (1). Luego que se levantó de la mesa, dió algunos pasos con precipitación, con inquietud y como fuera de sí; despues mandó con sequedad que le pusiesen el coche, entró en él, hizo que le acompañase el duque de Epernon con algunos otros grandes: y habiéndole preguntado á dónde queria ir: „que me saquen de aquí (respondió con tono desabrido).” Despues de esto dijo que queria ir al arsenal á hablar con Sully. Al extremo de la calle de la Ferronnerie, que era entonces muy estrecha, habia una porcion de carruages detenidos, con cuyo motivo se separaron los guardias, y no pudo pasar adelante el coche del Rey. En este momento se subió á una de las ruedas delanteras un malvado de Angulema, llamado Ravailiac, y dió al Monarca dos cuchilladas atravesándole el corazon con la última: despues de lo cual se quedó inmóvil el parricida al lado del coche, con el cuchillo ensangrentado en la mano, como si le hubiese puesto grillos á los pies la maldad que acababa de cometer. Le echaron mano dos criados de la casa real que iban á pie, y acudieron los guardias resueltos á matarle; pero los contuvo el duque de Epernon, y mandó que asegurasen al malvado. Volvieron al Louvre, poseidos de la mayor tristeza, con el cuerpo del buen Rey que nadaba en su propia sangre.

Luego que cundió esta noticia por el pueblo, se halló toda la Francia en el mismo estado de consternación que si cada familia hubiese perdido á su padre. Se

(1) *Pasq. t. 2. p. 1055.*—*Matt. p. 810.*—*Mem. de Condé, t. 6. p. 19.*—*Gram. p. 8.*—*Etoile, &c.*

suspendió el comercio, cesó todo género de trabajo, acudian de tropel las gentes del campo á preguntar á los pasajeros, y luego que perdieron toda esperanza, exclamaron lamentándose: „cierta es nuestra desgracia: hemos perdido á nuestro padre.” En efecto, esta porcion preciosa del estado habia sido siempre particularmente amada de aquel Príncipe. Se le vió muchas veces conversar familiarmente con ellos, informarse de la calidad de sus cosechas, del precio de sus géneros, de sus pérdidas y de sus recursos. „No pocos Reyes (decia) tienen por deshonra conocer el valor de las monedas mas bajas; pero yo no solo quiero saber lo que valen, sino tambien cuánto trabajo cuesta á los pobres el ganarlas; para que así los tributos sean proporcionados á sus haberes.” Sentimientos dignos de la Divinidad misma, si podemos esplicarnos así, sentimientos del Padre adorable de todos los hombres, del cual fue una viva imágen aquel Príncipe, y quiso mas bien representarle en la bondad que en la grandeza. Cualesquiera que fuesen sus cualidades heróicas, la bondad de su corazon fue la que le hizo el ídolo de su pueblo, siendo espresiones sinónimas en la lengua francesa las de Enrique IV y buen Rey.

Quando recibió Paulo V la noticia del golpe fatal que privaba á la Francia del mejor de los Reyes, derramó lágrimas sinceras, y dijo al cardenal Ossat: „Vosotros habeis perdido un buen amo; pero yo he perdido mi brazo derecho.” Todos los Soberanos mostraron la misma aflicción, y fue extraordinaria la

consternacion de los confederados de Alemania. Se les envió sin embargo el socorro que se les habia prometido. ¿Pero cómo podia compensarse lo que esperaban del héroe en persona?

Se creyó que habia algun misterio en el atentado que quitó la vida á Enrique IV. La opinion casi general fue que habia una conspiracion en que se implicaba á los Monarcas mas respetables. Culpándose unos á otros los partidos contrarios, segun sus caprichos y antipatías, se destruian las imputaciones con sus contradicciones recíprocas, sin que por eso desistiese nadie de su preocupacion. De nada sirvieron las declaraciones del parricida para rasgar el velo de este misterio, cuyas sombras son todavía las mismas. En el momento en que fue preso el reo, en todos los interrogatorios, en el tormento, durante los preparativos y la egecucion de su horroroso suplicio, sostuvo, sin variar jamás, que no tenia ningun cómplice, ni habia revelado á nadie su pensamiento, y que se habia determinado por sí solo, persuadido á que el Rey era herege en su alma, y fautor de la heregia, odioso á los buenos franceses, y que quitándole la vida, se hacia un servicio no menos importante á la Francia que á la Religion. Por lo demás, no fue este el único fanático de estado, que sin haber sido corrompido con dinero ni con promesas de engrandecimiento, se haya dejado llevar de su genio atrabiliario, y cometido atentados monstruosos.

La Reina María de Médicis quedó encargada de la tutela del Rey Luis XIII que tenia entonces nueve

años, y fue declarada gobernadora por decreto del parlamento el mismo dia en que murió el Rey su esposo. Se encontró con un reino floreciente, con un consejo bien arreglado, con las rentas reales en buen orden, con quince millones ahorrados, con alianzas sólidas, con egércitos y plazas abundantemente provistas, y con una multitud de oficiales militares llenos de valor y de esperiencia. Pero faltaba el genio de Enrique IV para animarlo todo, y entonces conoció, como él lo habia predicho, cuánto valia. El egemplar de una pérdida tan grande, escitó todo el celo del parlamento para atender á la seguridad de los Reyes. Se congregó por su orden la facultad de teologia, y confirmó el decreto que habia dado en el siglo quince conforme en todo á la doctrina del concilio de Constanza contra el tiranicidio. Se calificó de sediciosa, herética é impía la opinion de los que enseñan que puede haber ocasiones en que sea lícito atentar contra la vida de los Reyes.

22. Algunos dias despues fue condenado al fuego el libro latino del padre Mariana, intitulado: *De Rege et Regis institutione*, por contener máximas execrables contra el Rey Enrique III y contra los demás Soberanos. Este jesuita sostiene en efecto que algunas veces es permitido matar á los tiranos, bien que al mismo tiempo enseña que no debe darles muerte ningun particular. Los enemigos de la compañía pretendian que Ravailiac habia aprendido sus primeras lecciones en esta obra; pero se demostró que ni la habia leído ni podido leerla: porque además de que

no se tuvo en Francia noticia de ella hasta despues de su condenacion, apenas entendia Ravallac algunas palabras de la lengua latina en que está escrita. Con este motivo dió el obispo de París, movido solamente de la equidad, un testimonio público, declarando que los rumores injuriosos esparcidos contra los jesuitas, eran puras calumnias, dictadas por un odio inconsiderado contra un instituto que producía grandes utilidades á la Iglesia y al estado con su ciencia y virtud. Habiendo mandado el parlamento que la censura del jesuita español se leyese todos los años en la asamblea de la facultad, y que se publicase el domingo siguiente en todas las parroquias de la capital, hizo el obispo que no tuviese efecto esta última cláusula, porque representó contra ella como contra una usurpacion de sus derechos, apeló al consejo, y logró que se suprimiese.

Yo, con todo eso, me pasmo al ver que un religioso sábio, como Mariana, que pasaba por hombre honrado, pusiese en controversia un punto que por sí solo puede conservar la tranquilidad de los estados. Pero hay tiempos de vértigo que trastornan las mejores cabezas. ¿Quién diría que se hallarian doctores que canonizasen la locura de Jacobo Clemente? Contra ella se juntó la primera escuela del mundo, y solo Juan Poitevin abominó el parricidio: los otros no respondieron sino con las señales de desprecio que merece la mayor estravagancia. ¿Qué no se vió en Inglaterra en tiempo de Cromwel? Todos estos excesos se declararon allí ser conformes á la doctrina

y principios de los mas doctos protestantes; por lo que nada tienen que echarnos en cara.

Para evitar los jesuitas que redundase en daño de todo el cuerpo la imprudencia de algunos particulares, escribieron sobre esto á su general Aquaviva, el que prohibió inmediatamente, pena de escomunion, que se dijese ó escribiese algo que pudiera autorizar de cualquier modo y con cualquier pretesto el parricidio de los Reyes, á los cuales (dice) nos manda la ley de Dios que reverenciamos como á personas consagradas, puestas por él mismo en el trono para gobernar los pueblos.

23. Se prohibió tambien en Francia el tratado que habia compuesto el cardenal Belarmino, con motivo del juramento de pleito-homenage exigido en Inglaterra acerca de la potestad del Sumo Pontífice en las cosas temporales. La doctrina de esta obra es la misma que la del tratado *del romano Pontífice*, escrito por el mismo autor en el Pontificado de Sisto V. Enseña Belarmino en estas dos obras que la potestad del Vicario de Jesucristo sobre lo temporal de los estados que le están adictos como al centro de la unidad cristiana, no es mas que indirecta ó relativa á lo espiritual; pero al mismo tiempo es ésta muy estensa, supuesto que segun sus principios puede el Papa disponer de los bienes temporales para conseguir el bien espiritual, anular las leyes que crea perjudiciales á la salvacion y aun deponer á los Soberanos, si lo juzga necesario para el bien de las almas. Pero advierte que en toda ocasion la muerte violenta de los Reyes

es contraria á la ley de Dios y á la de la Iglesia; y que es cosa inaudita desde el primer origen del cristianismo, que ningun Papa haya ordenado ó aprobado la muerte violenta de un Soberano, aunque fuese idólatra, herege ó perseguidor.

24. En este mismo año de 1610 empezó el piadoso instituto de las religiosas de la Visitacion, que San Francisco de Sales llamaba su corona y su alegría. Los trabajos que agoviaban á este santo obispo desde que por la muerte de su predecesor habia recaído sobre él todo el peso de la vasta y desgraciada diócesi de Ginebra, no eran todavía suficientes para la inmensidad de su celo. Era Francisco uno de aquellos hombres de la diestra del Altísimo, que son suscitados para el bien general de la Iglesia, y sus miras correspondian á toda la estension de su destino. Luego que se vió obispo titular, se halló mas agitado de los santos terrores que le habia causado siempre el episcopado, y adoptó en su nueva carrera, bajo la direccion del piadoso y sábio padre Fourrier, de la compañía de Jesus, una conducta muy distante, en cuanto era posible, de los escollos que le abultaba la eminencia de su carácter.

Se impuso la ley de no hablar jamás sin testigos con las personas del otro sexo, de no gastar jamás vestidos de seda, ni aun de telas demasiado lustrosas, de no presentarse nunca en la Iglesia ni en público sin roquete y muceta, y de hacer lo mismo, en cuanto pudiese, dentro de su misma casa (1). Esta

(1) Agust. de Sal. l. 5.

debía estar aseada, pero muy sencilla, sin pintura, sin mas enredos que los de devocion, y poco costosos. Desterró absolutamente de ella todos los muebles preciosos, y apenas permitió que hubiese dos piezas colgadas con los tapices mas comunes, una para la hospitalidad, y otra para recibir las visitas. Por lo que hace á su persona, consistia toda su habitacion en un solo gabinete tan pequeño y tan bajo de techo que parecia mas bien un sepulcro que un cuarto. Tenia un limosnero eclesiástico que le acompañaba á todas partes, y un mayordomo que celaba la conducta de la familia. Sus criados consistian en dos ayudas de cámara, en lo que se proponia mas bien la asistencia de los estrangeros que la suya propia, en un solo lacayo y en dos mozos de cocina. Debían ser de unas costumbres irreprehensibles, de un exterior modesto y nada inclinados al juego, frecuentar los sacramentos, no llevar espada, ni gastar vestidos de otro color que de un pardo obscuro. Sobre todo, exigia de ellos mucho respeto á los eclesiásticos, y nada suprimia con mas severidad que la insolencia, demasiado comun en esta clase de criados, para con los sacerdotes. Por lo demás, vivia con ellos como un padre con sus hijos: y aunque los celaba por sí mismo, sin embargo de haber dado esta comision á un sacerdote, procuraba consolarlos con afabilidad y agrado, en el estado de humillacion en que los habia puesto la divina Providencia, al cual hubiera podido (les decia con frecuencia) reducirme á mí mismo. Los domingos y demás dias de fiesta asistia con ellos á misa mayor y